

las con interés, si los límites de este escrito nos lo permitiesen.

Si encontramos en otros pueblos útiles lecciones, no las desdeñaremos; pero no necesitamos buscar, más allá de la Francia cristiana y católica, un ideal que proponer. Nuestro objeto es formar á los niños en la dignidad y no en la altivez; en la firmeza, y no en la dureza ni la tirantez. Deseamos que al respeto para sí mismos, vaya unido el respeto á sus semejantes; que en sus sentimientos de honor, no haya soberbia ni fatuidad, que en su legítima independencia, no haya rebeldía contra sus superiores, ni desprecio para sus inferiores ó iguales. Les advertiremos que no dejen nunca degenerar su firmeza en obstinación ciega, que liguen á ella la indulgencia y algunas veces una condescendencia prudente para las debilidades ajenas; que la revistan con esa dulzura, á la que el Evangelio ha prometido la posesión de la tierra, y con esas formas amables que transforman en seducción, una conquista, por medio de armas de las que se desconfiaría.

Comprendidas así la dignidad y la firmeza, de ellas resultará esa nobleza, esa elevación del carácter que es como su desarrollo.

En primer lugar, sólo la elevación intelectual permite á cualquiera mirar en conjunto, y por consecuencia indulgentemente á los hombres y las

cosas. Nuestra pobre humanidad se deja impresionar con más facilidad por el mal que por el bien ajeno, y no nos permite ver nada defectuoso en nosotros mismos. Examinando las cosas desde más alto, las veremos más completas, y será siempre en provecho de la estimación del prójimo y de nuestro mejoramiento personal. Así, nos costará mucho menos reconocer, que aquellos con quienes vivimos, obran conforme á sus derechos y sus deberes, y no con injusticia y según su capricho, como fácilmente creeríamos si tuviésemos interés en que obraran de diferente manera. Somos muy ingeniosos para justificar nuestros actos, ¿quién sabe? quizá lleguemos á justificar los de los demás. ¿Cómo podría ser que no hubiese también un corazón elevado y grande al servicio de una elevada inteligencia? ¿Cómo las mezquindades y las bajezas tendrían cabida en ese corazón, que comprende las grandes cosas, y no puede por lo mismo prohibirse amarlas? La grandeza de alma, la generosidad, los sacrificios de todas clases, germinarán allí naturalmente; y allí será preciso buscar, con la indulgencia para los hombres, el respeto para los principios; con el olvido de sí mismo, la constante preocupación por el bien público; y con la modestia del sabio, la elevación de miras de todo el que sabe apreciar y respetar el privilegio de su libertad.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA DIGNIDAD DEL CARÁCTER — LO QUE PUEDE
IMPEDIR SU DESARROLLO

I

La necesidad de obedecer

Como se ha dicho ya, la dignidad es un sentimiento que inspira al hombre el respeto para sí mismo, para su honor y para su legítima independencia. No existe en su plenitud, sino con la condición de inspirar el mismo respeto para el honor y la legítima independencia de cualquiera que pertenece á la humanidad, por consecuencia de la solidaridad del honor humano, que hace que el deshonor de nuestros semejantes recaiga fatalmente en nosotros mismos.

De ahí se sigue en rigor, que la dignidad no es el orgullo; porque el orgullo « hace á los hombres idólatras de sí mismos, y los haría tiranos de los demás, si la fortuna se lo permitiese » (La Rochefaucauld). Se comprende pues que la dignidad es un instinto de protección y de defensa, y no de

agresión; porque el que no se respetase á sí mismo, no respetaría los derechos de otro; un instinto de nobleza y no de dominación, porque el que quiere dominar « tiene habilidades que no pueden representarse, sus transformaciones sobrepasan las de las *Metamorfosis*. Forma afectos y odios tan monstruosos, que cuando los pone á las claras, los desconoce y no puede resolverse á confesarlos. » (Ídem).

Cuanto más hay que evitar al niño que sea orgulloso, puesto que se rebajaría, tanto más hay que enseñarle á ser digno para que se eleve. Así pues, el simple hecho de que el niño debe recibir órdenes y obedecer, puede ser un peligro para su carácter en lo que se relaciona con la dignidad; y consideramos como punto fundamental, la manera como deba pedirse la obediencia. Esta es la primera observación que tenemos que someter al maestro ó á los padres. Están expuestos á dar órdenes insuficientemente motivadas ú órdenes demasiado frecuentes: dos graves escollos que es preciso evitar.

Si el maestro se presentase inconsideradamente como motor que deba poner á un autómatas en movimiento; si todavía se presentase como una regla viviente, que no tiene más que imponerse, sin ser discutida ni comprendida, entonces el niño se rebajaría realmente; primero porque no haría uso de su razón, y se vería reducido á un papel

mecánico, y además, porque, *en sí*, todos los hombres son iguales, y someterse á otro sin ningún motivo y fuera de la voluntad de éste, es decaer. Pero si previene y persuade á su discípulo de que al obedecerle, obedece, no á él que es un hombre, sino á la razón que está por encima de todos los hombres y á Dios que la personifica; entonces el niño no solamente no decae, puesto que obedece á una autoridad necesaria y aceptable, sino que obra por sí mismo y por su propia elección, puesto que encuentra en sí y en su inteligencia, una orden conforme á la que se le ha dado. Y suponiendo que en los detalles no pueda hacer constar esta conformidad, sabe sin embargo, que cuando sea más grande y esté mejor informado, se dará cuenta de ello. Obra con confianza y tiene *razón*. « No creáis á Sócrates; creed á vuestra razón, que Sócrates os enseña á conocer. »

Esto hace que los padres deban desde temprano y hasta donde sea posible, dar la razón de sus órdenes; pues se permiten fácilmente dar á los niños, contestaciones burlescas que no les enseñan nada y que pueden falsearles el espíritu. En ciertos casos, puede necesitarse salir avante, de cualquier manera, porque no todo puede decirseles; pero que este caso sea raro, y que se preocupen de ello los padres, aun para con los niños más pequeños, tan luego como puedan comprender.

Ante todo pues, importa que el niño sepa que

no se le impone una voluntad personal; sino una orden razonable, que el mismo se impondría, si hubiera adquirido el desarrollo de inteligencia á que puede llegar. Para esto, lo más ventajoso es darle una contestación breve y decisiva, pues no se comprendería que el maestro la rehusase, por tirantez inhábil y no previniere la pregunta, cuando está prevista y es legítima. Cuando el niño es *razonador* por costumbre ó por capricho de espíritu, sería perder el tiempo é ir por mal camino, si se le siguiera; pero fuera de esa suposición creemos que debe mantenerse dicho principio. Sería sobre todo impolítico y contrario á los verdaderos principios, considerar como un acto de insubordinación, todo intento de discusión del alumno con el maestro, cuando la forma es conveniente; y con mayor razón, mantener con la autoridad una decisión injusta, esto sería la ruina de esa autoridad, porque sería la ruina del respeto que le es debido.

La campaña más triste es, en todo caso, aquella en que el niño resiste á las exigencias del maestro, por verdadera dignidad; desgraciadamente este caso no es quimérico.

Así, pues, lo decimos con convicción é instancia á los maestros: No obréis nunca, sino con toda seguridad, y sabed esperar la certidumbre, cuando la deseéis vivamente; desconfiad en particular de las impaciencias de reprensión.

Cuando un niño, abordándoos á solas, y por consecuencia sin que vuestra autoridad pueda comprometerse exteriormente, os presenta, respecto á una medida tomada para con él, ó respecto á un juicio de que haya sido objeto de vuestra parte, observaciones en las que no podéis hacer constar más que el uso legítimo de su libertad, y no la insumisión ni la impolítica, animadle, no le rechazéis; atestigüadle que os causa gusto ver en él, que se preocupe por su dignidad y su reputación, que sentiríais mucho que no fuese así; y si sus argumentos destruyen los vuestros, tened valor para confesarlo.

Estimamos fácilmente á los que nos estiman, nuestro corazón se enternece espontáneamente para con ellos, y os haréis quizá un amigo del que pudiera haber sido un rebelde y un enemigo. Á lo menos, le habréis enseñado seguramente á ser digno, y nada os será tan fácil como aparecer digno también vos, pues eso está en la situación.

Para decir todo lo que pensamos, llegaremos hasta suponer que la observación del alumno revistiese una forma defectuosa respecto á la urbanidad; pensemos que ese defecto de forma no debe motivar una *no-aceptación* definitiva, puesto que no puede legitimar una injusticia; y por otra parte, habréis conquistado una posición bastante ventajosa con vuestra calma y equidad, aun en presencia de una inconveniencia. No olvidemos tampoco, que

cuando las reclamaciones no pueden hacerse abiertamente, son por fuerza reemplazadas por quejas sordas, por manifestaciones de descontento no confesadas, por conspiraciones vergonzosas contra el orden, que en definitiva, son una cobardía, y acostumbran al niño á vías subterráneas en absoluta incompatibilidad con el honor. Demasiado sabido es lo que llegan á ser esos rebeldes, esos conspiradores de colegio, que se acostumbran á ver enemigos en los maestros, y que serán los adversarios naturales é infatigables de todo gobierno del que no formen parte. Esos niños sin duda alguna, tienen instintos deplorables; pero se debe hacer ó evitar todo lo que es humanamente posible hacer ó evitar para detener semejante desarrollo y será el mayor servicio que pueda hacerse á la sociedad.

Estas reflexiones son tanto más importantes, que después de todo, la palanca principal y esencial en la educación, es el asentimiento del niño á la dirección que se le da. Fuera de este asentimiento, podréis obtener el orden material, y no será poco, bajo el punto de vista general, en una casa de educación; pero no obtendréis nada más, y esto es un resultado absolutamente insuficiente. Si el niño se resiste en su interior, ó lo irritáis ó lo rebajáis, no hay medio posible. No hay inconveniente, si es preciso, en hacerle notar, que no puede hacerse nada de él, si no consiente, y que en último aná-

lisis, él es quien tiene el gobierno de sí mismo.

Muchas veces hay que habérselas con naturalezas desconfiadas, que prefieren hacer su capricho aunque hagan el mal; estas naturalezas exigen extremos cuidados y un raro discernimiento. Con ellas, está uno expuesto á muchos fracasos, porque no es fácil agradarles y mucho menos hacerles aceptar cualquiera autoridad; pero sería inexcusable no intentar todos los medios, sobre todo el de la dulzura y el de la insinuación. El que teniendo la llave de una cerradura se obstinase en forzarla, cuando con un poco de aceite se facilitaría abrirla con la llave, sería un inhábil por lo menos; así pues, es indispensable llegar á hacer mover sin esfuerzo el resorte de un niño de semejante carácter, pues de otra manera, se le rompería ó se rompería uno mismo. Mucha, mucha paciencia y dulzura, sin poner en tela de duda vuestra autoridad. Lo esencial es hacer que el niño acepte vuestra dominación; procurad ante todo, no haceros imposible, y no crearos una situación en la que su mala voluntad os impida avanzar, y en la que el cuidado de vuestra autoridad no os permitiría retroceder; es un paso en el que no debéis meteros, sino en el caso extremo en que, seguros de vuestra impotencia, queráis definitivamente descargaros de él.

El gran arte consistiría en persuadirle que desconfiara de su apreciación personal, cuando contradice la del maestro, y hacerle comprender, que

no es vergonzoso para él, tener menos experiencia que las personas mayores, y que, con su insubmisión obstinada, se expone á la inevitable humillación de reconocer más tarde que se ha engañado.

Cuando se ha obtenido ese resultado, está dado ya el impulso en buena dirección, y no hay más que evitar las desviaciones, á medida que se indican ó se dejan prever.

Es pues de todo punto necesario, someter al niño á las órdenes de la razón, y no á órdenes simplemente humanas ó personales; para esto se hace preciso no dejar nunca traslucir la arbitrariedad ni el capricho. El capricho es una cosa baja, puesto que es la manifestación de una voluntad degenerada, y siendo muy digno ser esclavo de la razón, es muy poco honorable ser instrumento de un capricho, instrumento más bajo todavía que la mano que lo emplea. El alumno obedecerá con mayor gusto, y con más probabilidades de no rebajarse, si el maestro sabe obtener el respeto, con su gravedad y con la elevación y serenidad de su razón, y sobre todo con el exacto cumplimiento de su deber. El temor que se inspira al niño, no es entonces sino el respeto tomado en su acepción más elevada, y tal temor honra á quien lo inspira y á quien lo concibe.

Dirigirse á la razón del niño para que obedezca,

es el medio de dejarle su dignidad; pero se puede, como lo hemos indicado ya, de paso, dirigirse á algo más alto que á su razón, y encontrar así, en vez de un peligro de rebajamiento, una nueva nobleza. En la oración fúnebre de la reina de Inglaterra, Bossuet, después de haber hecho constar la relación que tenemos por parte de nuestro cuerpo, con la naturaleza cambiante y mortal, hace notar que « tenemos por otra parte, relación íntima con Dios, porque Dios ha puesto algo en nosotros que puede someterse á su soberano poder. » Debemos, en efecto, buscar en esa sumisión, uno de nuestros títulos de grandeza; porque nada es más capaz de elevarnos, que esa perpetua conformidad con la soberana sabiduría, á la que nada puede rebajar ni hacer titubear.

Lo que da la medida de la elevación de un corazón, es el móvil al que obedece; y esa verdad se hace constar tanto en el mundo moral, como en el mundo físico. Cuando vemos á alguien obrar por interés ó por avaricia, sólo esperamos resoluciones conformes al instinto que le guía; si obedece á pasiones bajas, nos parece que á cada instante vamos á verle caer y mancharse. Pero si por el contrario, el bien de la humanidad es su objeto, esperemos toda clase de determinaciones grandes y hermosas; si, yendo más lejos, renuncia á sus satisfacciones personales y no teme rehusarse aun las más legítimas para estar menos expuesto más

tarde á los desfallecimientos; si en otros términos, tiene por mira ese ideal realizado por San Vicente de Paul, San Francisco de Sales, etc., y que se llama la *santidad*; si no sufre otro impulso que el de la voluntad divina, entonces llegará hasta donde la naturaleza humana es capaz de llegar, á esas alturas serenas en donde la dignidad del carácter está al abrigo de toda fluctuación y de toda baja.

Aquí queremos anticiparnos á una dificultad, en la que se ha pensado ya quizá y que importa resolver. El ideal de la dignidad humana, hemos dicho que se encuentra en el cristianismo y en los santos que ha producido; ¿qué debemos pensar pues de esa virtud esencial del cristianismo, indispensable para la santidad, y que se llama *humildad*? La humildad que no conocían los antiguos y cuya etimología recuerda entre los latinos la idea de baja!

Si hay en este opúsculo una cuestión que deseamos tratar y desarrollar convenientemente, es ésta, pues toca á muchas preocupaciones, y merece desprenderse enteramente de ellas. Sin embargo, nos esforzaremos en ser breves.

Si alguien, queriendo practicar esa humildad cristiana, llegase á ser bajo y abyecto, y justificase así las desdeñosas críticas de que dicha humildad es objeto, ése habría comprendido mal é imitaría muy poco al Dios hecho hombre, que quiso darnos el ejemplo.

Para convencerse de ello, basta haber leído el Evangelio; y en verdad, todos comprenderán y conservarán su dignidad, como la comprendía y la conservaba el Hombre-Dios, de quien Rousseau dijo en un arranque de sinceridad: « ¡ Qué elevación en sus máximas! ¡ Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡ Qué imperio en sus pasiones! ¡ En donde está el hombre, el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad ni ostentación? » Y en efecto, la humildad cristiana es, ante todo, la verdad; de la misma manera que el orgullo es la mentira por excelencia; y la verdad, como fácilmente se comprende, no puede tener consecuencias inmorales ni rebajar á nadie.

La humildad cristiana consiste en no buscar nunca nuestra gloria con perjuicio de Dios, y en arreglar el deseo natural de obtener la estimación de nuestros semejantes. Faltará á dicha humildad el que se atribuya la gloria de sus ventajas naturales, lo cual es á la vez una puerilidad y una mentira; y aquel que por una satisfacción de orgullo ó por un deseo de estimación injusto ó mal colocado, faltase á alguno de los deberes para con Dios, que sólo nos los impone honorables.

Como aplicación de este principio, veamos por una parte la conducta del orgulloso, y por otra la del humilde; examinemos de qué lado se encuentra la dignidad y de qué lado la baja.

El orgulloso va en pos de la estimación; la ver-

dad le importa poco; no teme atribuirse méritos de que carece; el deseo de su propia excelencia lo llevará naturalmente á despreciar el mérito ajeno y podrá llegar hasta desear ó procurar su inferioridad real, para asegurar mejor su triunfo. Agreguemos para completar el cuadro, que su preocupación principal no consiste en ser, sino en parecer; y por consecuencia, sacrificará gustoso la realidad de una virtud á su apariencia. No insistamos más, si la baja no se encuentra allí; en dónde se halla entonces? Y no se diga que cargamos el cuadro con colores sombríos; basta para constancia mirar la tendencia del orgullo, y dicha tendencia es indiscutible.

El hombre verdaderamente humilde no buscará la estimación de sus semejantes; pero, acaso por eso la merecerá menos? Si busca disimular sus virtudes y sus cualidades, si las ignora; será este hecho menos honorable que atribuirse las que no tiene? Procurará poner de relieve todo lo que honre á sus semejantes, pero esto será impulsado por un sentimiento sincero, que prueba que es capaz de estimación; lo cual es, como para el respeto, tan raro como ser digno.

De cualquier modo, así como le complace ver que á los demás se les considera más que á él, así también y con mayor razón, le complacerá que dicha consideración se deba á una superioridad real. Así pues, ahora preguntamos, ¿ quién está

más expuesto á cometer una bajeza y quién á obrar con rectitud, el humilde ó el orgulloso envidioso? Y para reasumir todo, ¿cuál creeremos que nos ofrezca mayores garantías de honor, el mérito real que se oculta ó el mérito aparente que desea exhibirse, ó aun el mérito real que quiere gozar de la estimación que cree merecer?

Nos parece que puede encontrarse en estas líneas la solución en germen de todo lo que se relaciona con la cuestión de que tratamos; pero queremos, para no descuidar nada, decir algo respecto á ese sentimiento que muchos hombres no pueden comprender, el perdón de las injurias; más aún, en los casos heroicos, la aceptación de las injurias, con alegría de corazón y á costa del desprecio público. El ideal de la dignidad y la nobleza no consiste en desafiar á la injuria que llegue á la altura de nuestros desdenes; consiste sencillamente en no dejarnos alcanzar por la injuria, ni en nuestra serenidad, ni en nuestra indulgencia. Si el injuriado llega á tener miedo del que lo injuria, y por consecuencia sufre cobardemente la injuria, aplastándose bajo su golpe, éste, sí, convenimos en que se rebaja y cae; pero si por el contrario, poniéndose muy por encima del insultador é impulsado por un sentimiento de indulgencia le perdona; si queriendo semejarse al Hombre-Dios, le desea y le hace bien; si para destruir en sí mismo todo sentimiento de orgullo, se consuela y aun se feli-

cita de no obtener el respeto al que tendría derecho y piensa que ese será motivo para procurar merecerlo, si en una palabra, saca como consecuencia que está muy lejos del ideal de perfección digno de alabanza y estimación, y que debe trabajar en llegar á él, para gloria de su Creador; entonces, preguntamos ¿este ser carece de nobleza y dignidad? ¿no está cien veces más alto que el que contesta la injuria con la injuria que le rebaja, ó con el duelo que nada prueba?

Y si no podemos imitarle, admirémosle al menos.

Las cortas reflexiones que preceden nos parecen decisivas, y creemos tener derecho en considerar el sentimiento religioso, como el medio más poderoso, que debe emplear la educación, con el fin especial de desarrollar la dignidad en los niños. Pero de la misma manera que la honradez, de la cual es una forma, la dignidad puede también; ay! existir solamente en la superficie y en apariencia. Y á este respecto dice Juan-Jacobo Rousseau, « si un Francés honrado se viese expuesto á perder su butaca una noche de primera representación en la Ópera, y para asegurarla le bastase hacer un gesto por medio del que, sin que lo supiera nadie, muriese un mandarín chino, el pobre mandarín se vería muy en peligro. »

No hay pues que atenerse á las consideraciones del honor humano. Desde los primeros años, el

padre y la madre deben enseñar al niño que por encima de su autoridad, que es secundaria y limitada, hay otra, soberana y absoluta, que honra á los que á ella se someten. « *Cui servire regnare est*; » que junto á su vigilancia, que es insuficiente, hay otra para la que nada se escapa, y de la que es preciso hacer la centinela permanente del honor humano; que después de su reprehensión, cuando es necesaria, hay otra temible y definitiva, que debe sostenerlos contra toda tendencia á rebajamientos culpables; porque jamás venderá su conciencia ni su honor, el que los estima en un precio infinito al que nada se aproxima en este mundo.

Con estos principios que deben aplicarse al detalle, y siempre, entiéndase bien, de una manera proporcionada á la inteligencia del niño, se le inicia desde temprano en la necesidad de poner por encima de todas las apreciaciones y de todas las debilidades, una ley infalible, á la que puede y debe sujetarse, seguro por otra parte, de que mientras más se conforme con ella, más digno será de merecer la estimación.

Es preciso convencerse bien de que esas primeras impresiones son regularmente las únicas duraderas, y que difícilmente se llegará á sufrir la influencia de las ideas religiosas, si no se encuentra en los primeros recuerdos, algo que las recuerde eficazmente. Se nos dirá quizá con Rousseau, que

dar ideas religiosas en una edad en que el espíritu es tan dócil, que sólo desea creer, es hasta cierto punto invadir la dignidad del niño; pero contestaremos que, desde las primeras nociones, se puede y se debe darle cuenta *razonablemente*, y que según eso, se suprime el inconveniente, porque no va en ello la dignidad de sacudir el yugo de la razón, como librarse, por ejemplo, del yugo de la gramática. Además, todos saben que no hablar de Dios, sino en el momento en que se desencadenan las pasiones, es lanzar al viento semilla que no caerá en el suelo, al que va destinada. Y si se nos hace observar, que la razón del hombre, aun el más sensato, no ha sido llamada á darse cuenta de lo que debe creer en nombre de la Religión, esta razón se encuentra necesariamente rebajada, en detrimento de la dignidad del hombre por la Fé á que se somete; y que en consecuencia á mayor título en el niño. Á esto contestaremos, que no sólo la Fé se impone así, que también la experiencia diaria se impone á nuestra razón, puesto que nos provee de hechos, cuyo *quomodo* ó naturaleza íntima se nos escapa, lo mismo que la comprensión de ciertas verdades religiosas; que no rechazando por tal motivo las verdades de la experiencia, no tenemos tampoco derecho para rechazar las verdades de la fé; que admitiendo sin discutir la germinación de las plantas ó los fenómenos nerviosos, por ejemplo, de los cuales, en verdad, no com-